

**"DIVIDE Y VENCERAS"; BAJO ESTE LEMA, LA GRAN BRETAÑA INTRODUJO EN CHIPRE UNA POLITICA DE ARTIFICIAL DISCORDIA. SUS TRAGICOS FRUTOS SE NOS MUESTRAN HOY EN TODAS LAS CIUDADES Y ALDEAS DE LA ISLA. EN LA FOTO, CHIPRIOTAS TURCOS MUERTOS EN UNA EMBOSCADA CERCA DE NICOSIA.**





# ODIO

## EN LA ISLA DE LOS LIMONES

**U**N mediador guatemalteco, un general indio que manda tropas de cinco países de la ONU, van a tratar de poner paz en la isla que tiene geografía turca, historia y población griegas, que ha sido colonia inglesa y que representa un considerable interés estratégico para los Estados Unidos en la zona del Mediterráneo oriental. Chipre es una encrucijada de intereses, y ésa es su desgracia. Es una desgracia histórica. En otros tiempos era su cobre el que atraía a los conquistadores —Chipre significa «cobre»—; cuando el cobre se agotó, quedaron el amianto y el plomo. La civilización dominante en el Mediterráneo oriental —fenicios, griegos, turcos o egipcios— fue también,

## ES DE TEMER QUE LA PAZ DE TRES SIGLOS, ENTRE CHI- PRIOTAS GRIEGOS Y TURCOS, SE HAYA ROTO PARA SIEMPRE

siempre, la civilización ocupante de Chipre. Hoy no es su economía la que atrae. Chipre es un porta-aviones en el bajo vientre de Europa, es una clave sobre el movidizo Oriente Medio. El sol reverberando sobre los limones ácidos, la geometría de los olivos, los monasterios ortodoxos, los pequeños y apacibles puertos pesqueros, no hacen más que enmascarar esta terrible realidad geopolítica. Y las toneladas de papel que se escriben cada día sobre Chipre y sus habitantes tienden a disfrazar con unos cuantos mitos la voracidad de «los grandes».

Uno de los mitos es el de la combatividad, el de la ferocidad innatas de los habitantes de la isla, incapaces de vivir en paz y de respetarse mutuamente. El mito no resiste al análisis. Los griegos son los ocupantes históricos de la isla de Chipre, y sus orígenes se pierden en la noche de la mitología: Chipre fue la isla de Venus, la Isla del amor. Los turcos aparecen a fines del siglo XVI: Turquía dejó una guarnición de 30.000 soldados, a los que dotó con tierras. Los descendientes de aquellos soldados turcos y los de los helenos míticos forman la población actual en una proporción de 400.000 griegos y 100.000 turcos —redondeando las cifras de las estadísticas—. Durante casi cuatro siglos, griegos y turcos han vivido en paz, se

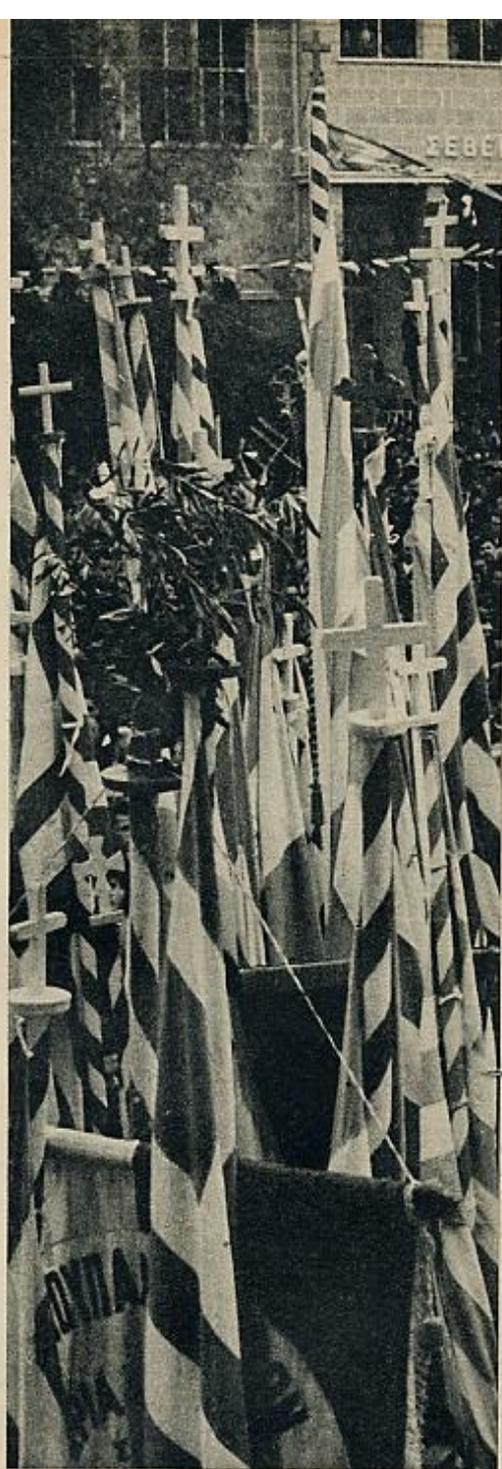
han respetado mutuamente. Las dos comunidades no se han mezclado racialmente, pero más de una vez han reaccionado juntos contra intentos de atropello. Todavía en los primeros días de este mes el periodista norteamericano Curtis G. Pepper ha pul-sado directamente entre los griegos y los turcos de un pueblecito chipriota, hoy separados por alambradas y divididos por el odio profundo, la nostalgia de cuando eran niños y jugaban juntos en las mismas calles y compartían los mismos problemas...

El drama de las comunidades de Chipre es que la confianza se ha destrozado, la convivencia se ha roto. ¿Por qué? No había unas razones naturales. La economía propia de la isla es la suficiente para que sus habitantes se mantengan —Chipre ofrece uno de los niveles de analfabetismo más bajos del Mediterráneo oriental— y vivan en comunidad; las diferencias religiosas se habían atenuado en tres siglos de convivencia. Grecia y Turquía, las naciones-madre de las dos comunidades chipriotas, mantenían hoy —después de las diferencias en las guerras pasadas—, una política exterior similar, dentro de la alianza occidental. No hay razones naturales. Hay que buscar otras: hay que buscar las razones artificiales.



La presión de las guerrillas y la influencia política de los Estados Unidos obligaron a los ingleses a conceder el estatuto de independencia. En la foto, el arzobispo Makarios, el gobernador Foot y el líder turco Kutchuk, en el año 1959.

Podemos encontrarlas en la Gran Bretaña y en un aforismo político que hoy parece pasado de moda, pero que, sin duda, la tradición británica conservaba aún en su nevera imperialista: «divide y vencerás». Mientras el gran imperio británico se deshacía como barro en las manos de los gobiernos de postguerra, al sople tremendo del vendaval anticolonialista, cuando se abandonaba la India y Egipto, la Gran Bretaña se empeñaba en conservar Chipre. Podía ser, pensaban los cerebros estratégicos británicos, una clave de compensación de todo lo que se perdía en el Oriente Medio, una clave militar con la que seguir conservando una influencia determinante en la zona del petróleo, en la encrucijada de las flotas de guerra. Por eso, mientras los lanceros bengaleses lloraban al ver arriar la bandera del imperio en la India

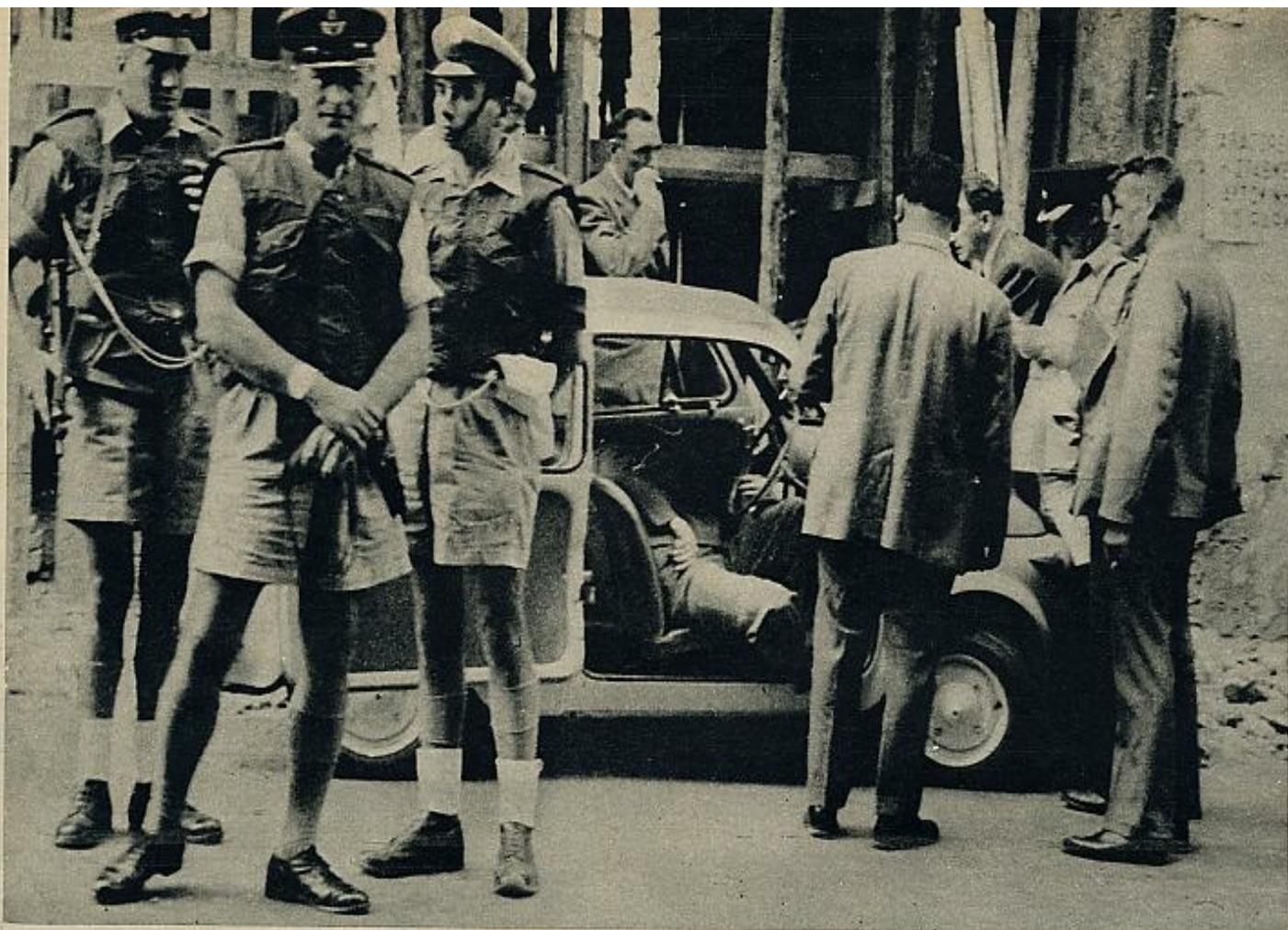




Marzo de 1959. Los chipriotas griegos se lanzan alborozados a la calle, para celebrar lo que entonces les parecía una victoria. A la derecha, la firma del acuerdo por los señores Christopoulos, Foot, Amery y el arzobispo Makarios.



de sus leyendas, en la isla de Chipre aparecían los más duros militares británicos —el general Harding—, los empelucados jueces encargados de aplicar la ley de guerra con las palabras rituales —«... serás colgado por el cuello hasta que la muerte sobrevenga: Dios tenga piedad de tu alma»— a los jóvenes guerrilleros griegos que luchaban por todos los medios posibles contra un ocupante que nunca había sido ni siquiera paternalista, sino solamente ocupante militar. Sobre toda la crueldad organizada británica para luchar contra la crueldad terrorista de los chipriotas griegos —puesto que las dos actitudes se radicalizaron en el combate, y se llegó a una ferocidad sin límites—, los cerebros políticos de Londres tuvieron una idea genial, o que creyeron genial: ganarse la comunidad turca, convertir a los turcos **SIGUE**



Estas dos imágenes son de 1958. El drama de Chipre había entrado ya en un periodo de aguda radicalización. La acción guerrillera se había intensificado. Abajo, un centinela Irlandés monta guardia ante una tienda de juguetes, mientras una niña juega tranquilamente, ajena al clima reinante en el contorno.



## LOS ORIGENES DE LA OCUPACION GRIEGA SE PIERDEN EN LA NOCHE DE LA MITOLOGIA

en colaboracionistas. La táctica del Intelligence Service fue convencer a los turcos de que los griegos no luchaban por la independencia, sino por la integración de la isla a la nación griega, con lo cual toda la comunidad turca estaría amenazada con convertirse en una minoría extranjera. Al mismo tiempo prometieron a los turcos conseguir una partición del país en caso de independencia. Hay que reconocer que la comunidad turca no aprovechó esta ocasión para lanzarse al combate contra las poblaciones griegas; pero sí es cierto que colaboraron totalmente con los británicos. Los policías turcos detenían a los griegos que participaban en reuniones clandestinas, o que eran señalados por las autoridades inglesas: los jueces turcos les condenaban. Los turcos (al decir turcos me refiero a los chipriotas turcos, como por griegos entiendo aquí chipriotas griegos) actuaban entonces dentro de lo que era la ley del país, la ley de la colonia. Los griegos, en cambio, trabajan en la clandestinidad para conseguir la independencia. Así nació el odio. La paz de tres siglos se había roto. Y es de temer que se haya roto para siempre.

Ninguno de estos sistemas era suficiente. La presión de las guerrillas griegas, el terrorismo desatado y la influencia política de Estados Unidos que ha forzado desde el final de la guerra la independencia de todos los territorios colonizados por Europa —sin dejar de aplicar por ello otro peso y otra medida a los territorios de colonización directa o económica de los propios Estados Unidos— forzó a Gran Bretaña a conceder un estatuto de independencia. El estatuto y la constitución —que resultaron monstruosos— se elaboraron sin participación directa de chipriotas, en 1959: fue resultado de una conferencia entre Gran Bretaña, Turquía y Grecia, que se reservaban el derecho de intervenir, conjuntamente o por separado, si las condiciones de paz de la isla lo requerían. La Constitución concedía a los ciudadanos chipriotas turcos unos beneficios, una participación administrativa y política en los destinos de la isla que no correspondían a su repartición demográfica ni a sus riquezas proporcionales. Gran Bretaña seguía aplicando la política de división, premiaba a los turcos su colaboración y fomentaba los odios. Al mismo tiempo daba a Grecia y Turquía derecho a intervenir militarmente en Chipre.

Fácilmente se han visto las consecuencias de aquella paz mal establecida. Si bien las dos comunidades festejaron al mismo tiempo la independencia de la nueva nación —los griegos, porque habían llegado al final de una lucha sangrienta de muchos años; los turcos, porque al mismo tiempo que se evitaba la anexión de la isla a Grecia, encontraban su minoría fuertemente beneficiada—, pronto se vio que la ruptura de la convivencia seguía viva. Los griegos no podían olvidar que muchos de los suyos habían sido detenidos por policías turcos, que habían sido condenados y ejecutados por turcos. Comenzó la caza al colaboracionista. Que abrió, a su vez, nuevos odios. La tasa de asesinatos mutuos llega actualmente a diez muertos diarios...

Al mismo tiempo, la paz estaba en peligro. Turquía ha amenazado con su flota —de la base naval de Iskenderun a Chipre no hay más que una noche de navegación—; Grecia hubiera desembarcado inmediatamente. La guerra entre Turquía y Grecia hubiera estallado sin remedio. Todo el sistema occidental de defensa en la baja Europa se hubiera desmoronado. La NATO, ya destrozada por las disensiones de los grandes, se hubiera disgregado inmediatamente...

Bajo esta amenaza se ha vivido durante dos meses. No es posible creer que el acuerdo precario del Consejo de Seguridad haya

**SIGUE**



Soldados británicos realizando un registro en una casa griega, en los tiempos de la lucha contra las guerrillas. Hoy, el dragón del odio ha vuelto a saltar, poniendo de nuevo de actualidad a los campos de olivos y limoneros.

# EN LA "ISLA DE VENUS" EL ODIOS NO PUEDE TERMINARSE POR DECRETO



acabado con el problema. El peligro parece haber desaparecido, puesto que, con más o menos reservas, la creación de una fuerza internacional ha sido aceptada por Grecia y Turquía, y por el Gobierno chipriota, que ve así reforzada su existencia como entidad independiente, alejado el peligro de la partición. Pero a las pocas horas del acuerdo han surgido nuevos incidentes armados en la Isla, y las fuerzas británicas han tenido que disparar sus armas, por primera vez después de su desembarco. El odio no se termina por decreto.

Por otra parte, la ONU aparece cargada con una nueva responsabilidad a la que no se sabe aún cómo podrá hacer frente. Tiene que buscar en el mundo soldados dispuestos a morir por Chipre. Puede reclutar voluntarios, pero ya se ha visto, por lo ocurrido en el Congo, lo que pasa con los voluntarios: suelen ser mercenarios aventureros, atraídos por el combate, por la posibilidad de manejar armas de fuego, cuando debían ser realmente cándidos y valientes soldados de la paz... Los gastos de esta fuerza llamada de paz tendrán que ser sufragados una vez más por los Estados Unidos;

la U. R. S. S. y Francia, al expresar reservas en la votación final, demuestran claramente que no quieren pagar, que no consideran que la solución sea fructuosa y, de una manera menos explícita, que el mantenimiento de estas fuerzas puede favorecer los intereses británicos y americanos en la zona mediterránea, pero que no favorece los suyos como entidades nacionales. U Thant ha buscado un general indio: hay ya quien sospecha que tendrá más afinidades con los turcos que con los helenos. Y un mediador guatemalteco, al que fácilmente se acusa de estar movido por los Estados Unidos...

Como se ve, la solución es precaria. Y no lo es sólo superficialmente, sino también en profundidad. El fondo de la cuestión, el odio entre las dos comunidades que desde hace cinco años se niegan a convivir, no puede borrarse. Es posible —y es muy dudoso— que la paz se mantenga mientras estén presentes los «casco azules» en la Isla. Es dudoso, sí, porque recuerdo que las tropas británicas seleccionadas y endurecidas, movidas por un interés propio, no consiguieron man-

Escenas de la sangrienta historia chipriota de los años cincuenta. Arriba, la detención del periodista Sampson, en enero de 1957. Fue acusado de haber luchado al lado de los chipriotas griegos y de hallarse complicado en la venta de armas a los guerrilleros. Abajo, alambradas en Nicosia, en septiembre de 1955.





Arriba, Imagen de 1958: soldados británicos cachean a varios jóvenes greco-chipriotas sospechosos. Abajo, una de las últimas escenas de violencia: arde, en la noche, una casa turco-chipriota. El drama de la Isla ha resurgido. La confianza se ha destrozado, la convivencia entre las dos comunidades se ha roto.

tener la paz. Aunque fuese así, el día en que las tropas de la ONU se retirasen, el dragón del odio volvería a saltar a las calles de Nicosia y Fama-gusta, a los campos de olivos y limones. A menos que el mediador guatemalteco Rolz Benet consiga encontrar una fórmula perfecta. Lo cual en estos momentos parece imposible. Tendrá que conciliar a las dos comunidades, tendrá que convencer a Grecia y a Turquía de que sus intereses nacionales quedan salvaguardados; tendrá que obligar a los ingleses a perder toda esperanza de control, tendrá que decir a los americanos que sus barcos de la Sexta Flota —el «Sangri La», el «Albany» (portaaviones y crucero, respectivamente) merodean estos días por el Egeo, acompañados por cuatro destructores, dos submarinos y tres navíos auxiliares— deben alejarse de Chipre...

Tendrá que quitar a la Isla de su posición geográfica política, levantarla por los aires y dejarla caer en otro lugar —¿dónde?— o, por el contrario, resolver los problemas generales del mundo. Pero nadie pide tanto al guatemalteco. Se le pide solamente que ponga un parche más a una rotura en el globo terráqueo. Hace más de veinte años, desde la última guerra, que funcionamos así. Chipre no puede ser una excepción.

H.

(Fotos CIFRA)

